

PQ 2167

II 67

56

v. l.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

LA PRESENTE TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## ILUSIONES PERDIDAS

Al señor Víctor Hugo

Usted que, mediante el privilegio de los Rafael y de los Pitt, era ya un gran poeta á la edad en que los hombres son aún tan pequeños, ha tenido que luchar lo mismo que Chateaubriand y que todos los verdaderos talentos, contra los envidiosos emboscados detrás de las columnas ó acurrucados en los subterráneos de los periódicos. Por esto deseo yo que su victorioso nombre contribuya de algún modo á la victoria de esta obra que le dedico, y que, según ciertas personas, no sólo es una historia llena de verdad, sino también un acto de valor. ¿No hubiesen sido objeto de Moliere y de su teatro los periodistas, como lo fueron los marqueses, los hacendistas, los médicos, y los procuradores? ¿Por qué, pues, la *Comedia humana*, que *castigat ridendo mores*, había de exceptuar á esta potencia, siendo así que la prensa parisiense no exceptúa ninguna?

Señor, me considero muy feliz pudiendo decirme suyo sincero admirador y amigo.

DE BALZAC.

## PRIMERA PARTE

### LOS DOS POETAS

En la época en que comienza esta historia, la prensa de Stanhope y los rodillos para distribuir la tinta no funcionaban aún en las pequeñas imprentas de provincias. No obstante la especialidad que la pone en relación con la tipografía parisiense, Angulema seguía sirviéndose de las prensas de madera, á las cuales se debe la frase que carece ya de aplicación: *hacer gemir la prensa*. La imprenta, atrasada, empleaba allí aún balas de cuero, con las que uno de los impresores daba tinta á los caracteres. La plancha móvil donde se coloca la *forma* llena de letras sobre la cual se

aplica la hoja de papel, era aún de piedra y justificaba su nombre de *mármol*. Las devoradoras prensas mecánicas han hecho olvidar de tal modo hoy aquel mecanismo al que debemos, no obstante sus imperfecciones, los hermosos libros de los Elzevirios, de los Plantín, de los Alde y de los Didot, que es necesario mencionar las antiguas herramientas á las que tan supersticioso afecto tenía Jerónimo Nicolás Sechard; y decimos que es necesario mencionarlas, porque desempeñan su papel en esta gran historia.

Este Sechard era un operario impresor de la clase que los cajistas denominan un *oso*, empleando su jerga tipográfica. Semejante al que ejecuta un oso en una jaula, el movimiento incesante de ir y venir con que los impresores van de la prensa al tintero y del tintero á la prensa, les ha valido sin duda este apodo. En revancha, los *osos* llaman *monos* á los cajistas, á causa del continuo ejercicio que hacen estos señores para tomar las letras de los ciento cincuenta y dos compartimientos donde están contenidas. En la desastrosa época de 1793, Sechard, que contaba ya cerca de cincuenta años, se encontraba casado, y su edad y su matrimonio le libraron de la gran quinta que llamó al ejército á todos los obreros. El antiguo impresor se quedó solo en la imprenta, cuyo amo acababa de morir dejando una viuda sin hijos. El establecimiento parecía amenazado de una destrucción inmediata. El *oso* solitario era incapaz de transformarse en *mono*, ya que, en su calidad de impresor, no supo nunca leer ni escribir. Sin tener en cuenta su incapacidad, un representante del pueblo, deseando hacer conocer á toda prisa los hermosos decretos de la Convención, dió al operario el privilegio de maestro impresor, y le encargó de oficio este trabajo. Después de haber aceptado tan peligroso título, el ciudadano Sechard indemnizó á la viuda de su amo llevándole las economías de su mujer, con las cuales pagó el material de la imprenta á mitad de su precio. Pero esto no era nada; había necesidad de imprimir sin falta ni demora los decretos republicanos, y, en tan grande apuro, Jerónimo Nicolás Sechard tuvo la suerte de encontrar un noble marsellés que no quería emigrar, para no perder sus tierras, ni mostrarse, para no perder la cabeza, y que no podía comer á no ser trabajando. El señor conde de Maucombe vistió, pues, la humilde blusa de regente de imprenta de provincia, compuso y corrigió él mismo los decretos que

condenaban á pena de muerte á los ciudadanos que ocultaban á los nobles, y el *oso*, convertido ya en amo, los hizo fijar en las esquinas, quedando así ambos sanos y salvos. En 1795, como hubiese pasado ya la peor época del Terror, Nicolás Sechard se vió obligado á buscar otro regente de imprenta. Un cura que fué obispo cuando la Restauración y que se negaba á prestar juramento, reemplazó al conde de Maucombe hasta el día en que el Primer Cónsul restableció la religión católica. El conde y el obispo se encontraron después en el mismo banco de la Cámara de los pares. Si Jerónimo Nicolás Sechard no sabía leer ni escribir en el año 1802 mejor que en el año 1793, en cambio se había procurado abundantes medios para poder pagar un regente de imprenta. El operario que tan poco se preocupaba antes de su porvenir, se hacía entonces temer de sus *monos* y de sus *osos*. La avaricia comienza donde la pobreza cesa. El día en que el impresor entrevió la probabilidad de hacer fortuna, el interés desarrolló en él una inteligencia material; pero ávida, desconfiada y penetrante. Su práctica suplía á la teoría, y había acabado por calcular de una ojeada el precio de una página y de una hoja, según la clase de caracteres, probando á sus ignorantes parroquianos que las letras grandes eran más difíciles de remover que las finas; y si se trataba de las pequeñas, decía que eran más difíciles de manejar. Siendo la composición la parte tipográfica que no entendía, temía tanto engañarse, que nunca hacía más que contratos leoninos. Si sus cajistas trabajaban á jornal, sus miradas no les dejaban ni un instante; y si sabía que algún fabricante estaba apurado, le compraba á bajo precio sus existencias de papel y las almacenaba. De esta suerte, en el poco tiempo que llevaba ejerciendo su industria, adquirió la casa donde estaba establecida la imprenta desde tiempo inmemorial. Por otra parte, tuvo, además, toda clase de suertes, porque envidó, y el hijo que le dejó su esposa fué colocado en el liceo de la villa, más bien que para darle educación, para procurarse un sucesor. A este efecto, le trataba severamente á fin de prolongar la duración de su poder paterno, y los días que tenía salida, le hacía trabajar en la caja diciéndole que aprendiese á ganarse la vida para poder recompensar algún día á su pobre padre, que se sacrificaba para criarlo. Al marcharse el cura, Sechard escogió como regente de imprenta

á un cajista que el futuro obispo le señaló como muchacho probo é inteligente. De esta manera, el impresor estuvo en situación de poder esperar el momento en que su hijo pudiese dirigir el establecimiento, y agrandarlo mediante su trabajo de hombre joven y hábil. David Sechard hizo brillantes estudios en el liceo de Angulema. Aunque el padre Sechard fuese un *oso*, advenido, sin conocimientos ni educación, y despreciase considerablemente la ciencia, envió á su hijo á París para estudiar el arte de la tipografía; pero antes le recomendó tanto más eficazmente, que procurase ahorrar una buena suma en un país que él decía ser *el paraíso de los obreros*, advirtiéndole que no contase con la bolsa paterna, cuanto que el anciano veía tal vez un medio de conseguir sus fines con aquella permanencia *en el país de la sapiencia*. Al mismo tiempo que aprendía su oficio, David acabó su educación en París. El regente de imprenta de los Didot se convirtió en un sabio. A fines del año 1819, David Sechard dejó París, sin haberle costado un céntimo á su padre, á instancias de éste, que quería poner en sus manos el timón de su negocio. La imprenta de Nicolás Sechard poseía entonces el único periódico de anuncios judiciales que existía en el departamento, la parroquia de la prefectura y la del obispado, tres clientelas que debían procurar una gran fortuna á un joven activo.

Precisamente en esta época, los hermanos Cointet, fabricantes de papel, compraron el segundo privilegio de impresor que había en Angulema, privilegio que Sechard había sabido mantener oculto, á favor de las crisis militares que comprimieron todo movimiento industrial cuando el Imperio; por esta razón él no lo había adquirido, siendo, su tacañería, una causa de ruina para su antigua imprenta. Al saber esta noticia, el anciano Sechard pensó con alegría que la lucha que se estableciera entre su establecimiento y los Cointet, sería sostenida por su hijo y no por él.

—Yo habría sucumbido—se dijo;—pero un joven educado en casa de los señores Didot, sabrá salir del paso.

El septuagenario suspiraba hacía ya tiempo por el momento en que pudiera vivir sin quebraderos de cabeza, y si tenía pocos conocimientos en tipografía, en cambio pasaba por ser una eminencia en el arte de la *curdografla*, arte que fué perfectamente descrito por el divino autor de *Pantagruel*; pero cuya cultura va siendo abandonada de día

en día, gracias á la persecución de que es objeto por parte de algunas sociedades llamadas de *temperancia*. Jerónimo Nicolás Sechard, fiel al destino que su nombre le había procurado, estaba dotado de una sed inextinguible. Por espacio de mucho tiempo, su mujer había mantenido en sus justos límites esta pasión por el mosto, pasión tan natural á los osos, que el señor de Chateaubriand la había observado en los verdaderos osos de América. Ahora bien, sabido es que los gustos de la juventud se reproducen con más fuerza en la vejez, y Sechard confirmaba esta ley moral: cuanto más envejecía, más le gustaba beber. Su pasión dejaba en su cara huellas que contribuían á hacerla en extremo original: su nariz había tomado el desarrollo y la forma de una A mayúscula, y sus dos mejillas parecían hojas de vid llenas de gibosidades violáceas, purpurinas, y á trechos matizadas, hasta tal punto, que hubierais creído que su cara era una trufa monstruosa envuelta por los pámpanos de otoño. Ocultos bajo dos gruesas cejas semejantes á matorrales cargados de nieve, sus ojillos grises, que denotaban la astucia de una avaricia que eclipsaba á todos los demás sentimientos, hasta el cariño de padre, conservaban su gracia especial hasta cuando estaba borracho. Su cabeza calva y provista únicamente por los lados y por detrás, de algunos cabellos grises, recordaba á los cordeleros de los *Cuentos de la Fontaine*. Era pequeño y barrigudo, como muchas de esas antiguas lamparillas que consumen más aceite que mecha, pues los excesos en todo suelen conducir el cuerpo por la senda que le es propicia. Lo mismo la embriaguez que el estudio, engorda al hombre gordo y adelgaza al delgado. Jerónimo Nicolás Sechard hacía ya treinta años que llevaba el famoso tricorno municipal que usa aún en algunas provincias el tambor mayor de la villa; su chaleco y pantalón eran de terciopelo verdusco, y llevaba vieja levita negra, medias de algodón y zapatos con hebillas de plata. Este traje, en que tan bien se veía el obrero en el burgués, era tan apropiado para sus vicios y para sus costumbres, y denotaba tan á las claras la clase de vida que hacía, que aquel buen hombre parecía haber nacido vestido, y no os lo hubierais imaginado sin sus ropas, como tampoco os podéis imaginar la cebolla sin la piel. Si el antiguo impresor no hubiese dado pruebas hacía ya mucho tiempo de su ciega avaricia, su abdicación bastaría para descubrir

su carácter. No obstante los conocimientos que su hijo debía de haber adquirido en la escuela de los Didot, Sechard se propuso hacer con él el buen negocio que proyectaba hacía ya tiempo, negocio que si era bueno para el padre, era malo para el hijo; pero para el taimado no había padres ni hijos en cuestión de negocios. Si en un principio consideró él á David como su único hijo, más tarde sólo vió en él un comprador natural cuyos intereses eran opuestos á los suyos; el viejo quería vender caro, David tenía que comprar barato, y, por lo tanto, su hijo se convertía en un enemigo á quien era preciso vencer. Esta transformación del sentimiento en interés personal, lenta, tortuosa é hipócrita generalmente en las gentes bien educadas, fué rápida y directa en el antiguo *oso*, que dió pruebas de la superioridad que tiene la *curdografía* astuta sobre la tipografía instruida. Cuando su hijo llegó, el buen hombre le prodigó esa ternura comercial que las gentes hábiles suelen emplear con sus víctimas; se ocupó de él como se habría ocupado un amante de su amada, le dió el brazo, le dijo dónde tenía que poner los pies para no enlodarse, hizo que le calentasen la cama y le preparó una buena cena. Al día siguiente, después de haber intentado emborrachar á su hijo durante una suculenta comida, Jerónimo Nicolás Sechar, borracho como una cuba, le espetó un *¡Hablemos... de negocios!* que pasó tan difícilmente entre dos hipos, que David le rogó que aplazase los negocios para el día siguiente. Sin embargo, el antiguo oso sabía sacar partido sobradamente de su embriaguez, para abandonar una batalla preparada hacía tanto tiempo, y, por otra parte, él dijo que después de haber llevado la dirección de su casa durante cincuenta años, no quería conservarla ni una hora más, y su hijo había de quedar de amo aquel mismo día.

Antes de pasar adelante, se hace aquí necesario decir dos palabras acerca del establecimiento. La imprenta, situada en el lugar en que desemboca la calle de Beaulieu en la plaza del Murier, se había establecido en este edificio á fines del reinado de Luis XIV. De suerte que todo ello estaba dispuesto para la explotación de esta industria. El piso bajo formaba una inmensa pieza que recibía la luz de la calle y de un patio interior mediante enorme claraboya. Además, se podía entrar en la oficina del amo directamente por un pasillo; pero en provincias los procedimientos tipográficos

son siempre objeto de una curiosidad tan viva, que los parroquianos preferían entrar por una puerta vidriera que había en la delantera de la casa, no obstante el trabajo de tener que bajar algunos escalones, pues el piso del taller estaba más bajo que el nivel de la calle. Los curiosos, embobados, no hacían caso de los inconvenientes que ofrecía el paso por el taller, y si miraban las hileras formadas por las hojas colgadas de cuerdas, tropezaban con las filas de cajas ó chocaban con las barras de hierro que mantenían las prensas. Si seguían los ágiles movimientos de un cajista que tomaba las letras de los ciento cincuenta y dos cajoncillos de su caja, leía el original y repasaba luego su composición, se rozaban con alguna resma de papel ó daban con la pierna en el ángulo de un banco; todo ello con gran contento de los *monos* y *osos*. Nunca hubo nadie que llegase sin accidente hasta aquellas dos grandes jaulas situadas en el extremo de aquella caverna, jaulas que formaban dos miserables pabellones ocupados por el regente de imprenta y por el maestro impresor. En el patio, los muros estaban agradablemente decorados con parras que, dada la reputación del amo, no dejaban de tener frutos. En el fondo y adosado á la pared medianera, había un cobertizo amenazando ruina, que era donde se humedecía y se preparaba el papel. Allí estaba el vertedero, donde se lavaban las formas antes y después del tiraje y de donde salía una substancia compuesta de tinta y de las aguas de la fregadera de la casa, que hacía creer á los aldeanos que iban los días de mercado, que el diablo se lavaba en aquella casa. Este cobertizo tenía á un lado la cocina y al otro la leñera. El primer piso de esta casa, encima del cual sólo había una buhardilla, contenía tres piezas. La primera, tan larga como el pasillo, menos la caja de la escalera, é iluminada por una ventanita oblonga que daba á la calle y por una claraboya que daba al patio, servía á la vez de antesala y de comedor. Blanqueada sencillamente con cal, esta habitación llamaba la atención por la cínica sencillez de la avaricia comercial; su sucio piso no había sido fregado nunca; su mobiliario consistía en tres malas sillas, una mesa redonda y un armario situado entre dos puertas que daban entrada á una alcoba y á una salita; sus ventanas y su puerta estaban negras y grises, papeles impresos ó sin imprimir la llenaban la mayor parte del tiempo, y muchas veces, los postres, las botellas y los platos de la comida de Jerónimo Nicolás Sechard se veían

sobre los paquetes de papel. El dormitorio estaba tendido con esos tapices antiguos que se ven en provincias en las ventanas el día de Corpus Cristi y contenía una gran cama con columnas, cortinas y una colcha de jerga roja, dos sofás carcomidos, dos sillas de nogal tapizadas, un secreter viejo, y sobre la chimenea un reloj. Este cuarto, donde se respiraba una sencillez patriarcal, había sido arreglado por el señor Rouzeau, antecesor y amo de Jerónimo Nicolás Sechard. El salón, modernizado por la difunta señora Sechard, ofrecía á las miradas enormes maderas pintadas de azul, los testereros estaban cubiertos de un papel que representaba escenas orientales, y el mobiliario consistía en seis sillas guarnecidas con badana azul, cuyos respaldos representaban liras. Las dos ventanas, toscamente abovedadas y desde las cuales se veía la plaza del Murier, carecían de cortinas, y la chimenea no tenía candelabros, reloj, ni espejo. La señora Sechard había muerto en medio de sus proyectos de embellecimiento, y el *oso*, no comprendiendo la utilidad de estas mejoras que no producían nada, las había abandonado. A esta habitación fué adonde, *pede titubante*, Jerónimo Nicolás Sechard condujo á su hijo y le enseñó sobre la mesa de centro un inventario del material de su imprenta, hecho bajo su dirección por el director de la misma.

—Lee eso, hijo mío—dijo Jerónimo Nicolás Sechard trasladando sus alegres ojos del papel á su hijo y de su hijo al papel.—Verás la imprenta que te regalo.

—Tres prensas de madera sostenidas con barras de hierro, con mármol...

—Una mejora que hice—dijo el anciano interrumpiendo á su hijo.

—Y todos sus artefactos: tinteros, balas, bancos, etc., ¡mil seiscientos francos! Pero, padre—dijo David Sechard,—¡si sus prensas son carracas que ni valen cien escudos y que es preciso arrojarlas al fuego!

—¡Carracas! —exclamó el anciano Sechard—¡carracas! Toma el inventario y bajemos. Ahora vas á ver si vuestros inventos de hierro marchan como estas antiguas y buenas máquinas. Además, supongo que no tendrás valor para criticar á unas prensas honradas que marchan casi por sí solas y que marcharán durante toda tu vida sin necesidad de reparación. ¡Carracas! sí; carracas que te darán con que comer toda la vida, que han sido manejadas por espacio de veinte

años por tu padre y que te han servido para hacerte lo que eres.

El padre bajó la escabrosa y usada escalera tambaleándose, aunque sin caerse; abrió la puerta del pasillo que daba al taller, se precipitó sobre la primera de las prensas, que había sido limpiada y untada á todo intento, y empezó á enseñársela, al mismo tiempo que exclamaba:

—¿No es esto una buena prensa?

Había en ella una esquila de invitación, y haciéndola maniobrar, la prensa lanzó un chirrido tan bonito, que hubieseis dicho que un pájaro había ido á chocar contra un cristal y había huído.

—¿Hay ninguna prensa inglesa capaz de marchar como esta?—dijo el padre al hijo asombrado.

El anciano Sechard corrió sucesivamente á la segunda y á la tercera prensa, repitiendo la maniobra con igual habilidad. En la última vieron sus ojos turbados por el vino un lugar descuidado por el aprendiz, y después de haber lanzado mil juramentos, el borracho empezó á limpiarla con los faldones de su levita, como un chalán que lustra el pelo del caballo que va á vender.

—David, con estas tres prensas y sin regente de imprenta, puedes ganar nueve mil francos al año. Como futuro asociado tuyo, yo me opongo á que las reemplaces por esas malditas prensas de fundición que gastan los caracteres. En París os habéis quedado asombrados al ver el invento de ese maldito inglés, que es un enemigo de Francia que se ha propuesto hacer la fortuna de los fundidores. ¡Ah! ¿os admiran las Stanhopes? Pues bien, guardaos vuestras Stanhopes, que cuestan dos mil quinientos francos cada una, ó sea dos veces más que estas tres alhajas juntas, y que estropean todas las letras por falta de elasticidad. Yo no soy instruido como tú, pero no olvides nunca esto: la vida de las Stanhopes es la muerte de la letra. Estas tres prensas te harán un buen servicio, el trabajo quedará hecho en seguida, y nuestros vecinos no pueden pedirte más. Que imprimas con hierro ó con madera, con oro ó con plata, los parroquianos no querrán darte ni un céntimo más de lo que te dan hoy.

—*Item*—dijo David,—cinco mil libras de caracteres de la fundición Vastard.

Al oír este nombre, el discípulo de Didot no pudo menos de reírse.

—¡Ríete, ríete! Después de doce años, los caracteres todavía están nuevos. ¡Esto es lo que se llama un fundidor! El señor Vafard es un hombre honrado que da material duro, y, para mí, el mejor fundidor es aquel á quien menos visitas tengo que hacer.

—Estimadas en diez mil francos—repuso David Sechard continuando.—¡Diez mil francos, papá! Pero si esto es contarlas á dos francos la libra, siendo así que los señores Didot venden su tipo de letra de nueve puntos á un franco ochenta céntimos la libra. ¡Vaya, vaya! sus clavos viejos no valen más que el coste de fundición, ó sea cincuenta céntimos la libra.

—¡Cómo! ¡llamas clavos viejos á las bastardillas, á la letra ligada y á las redondillas del señor Gillé, antiguo impresor del Emperador, caracteres que valen á seis francos la libra, obras maestras de grabado compradas hace cinco años y que muchas tienen aún lo blanco de la fundición?

Y esto diciendo, Sechard cogió algunas cajitas llenas de letras que no habían servido nunca y se las mostró.

—Yo no soy sabio, yo no sé leer y escribir; pero sé lo suficiente para comprender que los caracteres de la casa Gillé han sido los padres de los de los ingleses y de los de tus señores Didot. Aquí tienes una redondilla—dijo designando una caja y tomando de ella una M, una redondilla de once puntos que no ha sido aún usada.

David vió que no había medio de discutir con su padre, que era preciso admitirlo ó negarlo todo, y que no había más que decir sí ó no. El antiguo *oso* había comprendido en el inventario hasta las cuerdas para colgar el papel y hasta la más pequeña resmilla, los tableros, las gamellas, la piedra y los cepillos para lavar, todo estaba calculado con el escrúpulo que suelen emplear los avaros. El total ascendía á treinta mil francos, con inclusión del privilegio de impresor y de la clientela. David se preguntaba si el negocio era ó no factible, y el anciano Sechard, al ver á su hijo mudo ante tal cifra, sintió alguna inquietud, pues prefería un debate violento á una aceptación silenciosa. En esta clase de mercado, el debate anuncia al negociante capaz que defiende sus intereses. *El que se aviene á todo*—decía el viejo Sechard,—no paga nada. Al mismo tiempo que procuraba adivinar el pensamiento de su hijo, el beodo le enumeró la infinidad de utensilios necesarios para la explotación de la imprenta

en provincias, enseñó á David una prensa de satinar y otra de recortar, y le alabó su perfección y solidez.

—Las herramientas viejas son siempre las mejores—dijo el padre,—y en imprenta debían pagarse más caras que las nuevas, como ocurre entre los batihojas.

Horribles viñetas representando himeneos, amores, muertos que levantaban la piedra de sus sepulcros describiendo una V ó una M, y enormes orlas con máscaras para los anuncios de espectáculos, se convirtieron en objetos de inmenso valor, mediante la elocuencia avinada de Jerónimo Nicolás, el cual dijo á su hijo que las costumbres de los provincianos estaban arraigadas de tal modo, que sería inútil que intentare darles cosa mejor. El mismo, Jerónimo Nicolás Sechard, había intentado venderles almanagues mejores que los del *Doble Liegés*, y sin embargo, el verdadero *Doble Liegés* había sido preferido á los almanagues más preciosos. En una palabra, que David no tardaría en reconocer la importancia de aquellas anticuallas, vendiéndolas más caras que las más costosas novedades.

—¡Ah, ah! hijo mío, la provincia es la provincia, y París es París. Si te se presenta un hombre de Houmeau para que le hagas una esquila participando su boda, y se la imprimes sin un amor con guirnaldas, no se creará casado y te la devolverá si no ve en ella más que una mayúscula, como hacen tus señores Didot, que son la gloria de la tipografía, pero cuyos inventos no arraigarán en provincias hasta dentro de cien años. Así es el mundo, hijo mío.

Las personas generosas suelen ser malos comerciantes, y David estaba dotado de una de esas naturalezas pudorosas y tiernas que se asustan ante una discusión y que ceden en el momento en que su adversario aprieta un poco. Sus elevados sentimientos y el imperio que el viejo borracho había conservado sobre él, contribuyeron aún más á que él se inclinase á no sostener una discusión por dinero con su padre, sobre todo creyendo á éste animado de las mejores intenciones y atribuyendo en un principio la voracidad de su interés, al apego que el impresor tenía á sus herramientas. Sin embargo, como Jerónimo Nicolás Sechard se lo había comprado todo á la viuda de Rouzeau por diez mil francos, y como en el estado en que se encontraban las cosas, treinta mil francos eran un precio exorbitante, el hijo exclamó:

—Padre, me pone usted el dogal en el cuello,

—¡Yo, que te he dado la vida!—dijo el viejo borracho levantando las manos al cielo.—Pero, vamos á ver, David, ¿en cuánto estimas tú el privilegio? ¿Sabes, además, lo que vale el *Diario de Anuncios* á cincuenta céntimos la línea, negocio que dió por sí solo quinientos francos el mes pasado? Hijo mío, abre los libros, mira lo que producen los anuncios y los registros de la prefectura, la clientela de la alcaldía y la del obispado. Eres un holgazán que no quiere hacer su fortuna y que regateas el caballo que ha de conducirte á algún hermoso dominio como el de Marsac.

A este inventario, iba unida una acta de sociedad entre el padre y el hijo. El buen padre alquilaba su casa á la sociedad mediante una renta de mil doscientos francos, no obstante haberla comprado por seis mil, y se reservaba uno de los cuartos situados en la buhardilla. Mientras David Sechard no entregase los treinta mil francos, los beneficios se repartirían por igual, y sólo desde el día en que hubiese satisfecho aquella suma á su padre, pasaría á ser solo y único propietario de la imprenta. David estimó el privilegio, la clientela y el periódico, sin preocuparse de los materiales y herramientas; creyó que podía defenderse, y aceptó estas condiciones. Acostumbrado á las astucias de los aldeanos, é ignorando los grandes cálculos de los parisienses, el padre quedó asombrado de que hubiera quedado cerrado el trato tan pronto.

—¿Se habrá enriquecido mi hijo—se dijo el beodo,—ó es que tendrá intención de no pagarme?

Llevado por estos pensamientos, le interrogó para saber si llevaba dinero, á fin de que se lo entregase á cuenta, y esta curiosidad del padre despertó la desconfianza del hijo, el cual no quiso decir palabra de su situación. Al día siguiente, el viejo Sechard hizo que un aprendiz trasladase al cuarto del segundo piso sus muebles, entregó los tres cuartos del primer piso vacíos á su hijo y le puso en posesión de la imprenta sin darle un céntimo para pagar á los obreros. Cuando David rogó á su padre que, en su calidad de asociado, contribuyese con la suma necesaria para la explotación común, el antiguo impresor se hizo el tonto, y después dijo que él no se había comprometido á entregar dinero, y si únicamente su imprenta, que constituía ya su capital. Movidó por la lógica de su hijo, Sechard le objetó que cuando él compró la imprenta á la viuda Rouzeau, se las había compuesto sin

dinero; y si él, pobre obrero, desprovisto de conocimientos, había salido airoso, mejor podía hacerlo un discípulo de Didot. Por otra parte, David había ganado dinero gracias á la educación pagada con el sudor de su anciano padre, y, por lo tanto, bien podía hoy corresponderle.

—¿Qué has hecho de tus salarios?—le dijo volviendo á la carga á fin de esclarecer el problema que el silencio de su hijo había dejado indeciso la víspera.

—¿No he tenido que mantenerme? ¿no he comprado libros?—respondió David indignado.

—¡Ah! ¿comprabas libros? Harás malos negocios, porque la gente que compra libros no sirve para imprimirlos—respondió el *oso*.

David sufrió la más horrible de las humillaciones: la que causa el rebajamiento de un padre; y tuvo que escuchar la lluvia de razones viles, lloronas, cobardes y comerciales, con que el viejo avaro formuló su negativa. Al verse solo y sin apoyo, y al reconocer un especulador en su padre, el cual quiso estudiar á fondo por curiosidad filosófica, David ocultó sus dolores en lo más profundo de su alma, limitándose á decirle al autor de sus días que tuviese presente que nunca le había pedido cuenta de la fortuna de su madre, y que si esta fortuna no había de serle descontada del precio de la imprenta, debía servir al menos para explotar el negocio en compañía.

—¡Tu madre!—dijo el viejo Sechard.—Su única fortuna era su inteligencia y su belleza.

Al oír esta respuesta, David acabó de comprender por completo á su padre, y adivinó que, para lograr de él una cuenta de tutela, tendría que entablar un pleito interminable, vergonzoso y costoso. Aquel noble corazón aceptó, pues, el fardo que iba á pesar sobre él, sin ignorar las muchas penas que había de acarrearle el compromiso contraído con su padre.

—¡Trabajaré!—se dijo.—Después de todo, si me esperan privaciones, también las ha sufrido él. Además, ¿no será trabajar para mí?

—Te dejo un tesoro—dijo el padre, inquieto al ver el silencio de su hijo.

David preguntó cuál era aquel tesoro.

—Marión—le contestó el padre.

Marión era una campesina indispensable para la explota-

ción de la imprenta: humedecía el papel, lo recortaba, hacía la compra, cocinaba, lavaba la ropa, descargaba los coches de papel y limpiaba las bolas. Si Marión hubiese sabido leer, el anciano Sechard la hubiera puesto de cajista.

El padre se fué á pie al campo, y aunque estaba muy satisfecho de la venta disfrazada bajo el nombre de asociación, le inquietaba el medio como percibiría su importe. Después de las angustias de la venta, vienen siempre las de la realización. Todas las pasiones son esencialmente jesuíticas. Este hombre, que consideraba inútil la instrucción, se esforzó por creer en su influencia, y quiso encontrar una garantía para sus treinta mil francos en las ideas de honor que la educación debía haber desarrollado en su hijo. Como joven bien educado, David sudaría sangre para cumplir sus compromisos, y sus hermosos sentimientos y sus vastos conocimientos le harían encontrar recursos para pagar. Muchos padres que obran de este modo creen haber obrado paternalmente, y así le ocurrió al viejo Sechard, el cual estaba persuadido de ello cuando llegó á su viñedo situado en Marsac, aldehuela que dista cuatro leguas de Angulema. Esta propiedad, en la que el dueño precedente había construido una bonita casa, había ido aumentando de año en año desde 1809, época en que el anciano *oso* la había comprado. Durante el primer año de su permanencia en el campo, Sechard se preocupó grandemente por sus viñas y permaneció constantemente al lado de ellas, cual permanecía entre las máquinas de su imprenta. Aquellos treinta mil francos inesperados le embriagaban aún más que el vino de Septiembre, y los manejaba ya con sus dedos mediante su imaginación. Cuanto menos razonable consideraba la suma, más deseos tenía de apoderarse de ella. Así es que muchas veces corría de Marsac á Angulema llevado de sus inquietudes, subía los escalones de la roca en que está sentada la villa y entraba en su taller para ver si su hijo saldría ó no de apuros. Ahora bien, las prensas estaban en su sitio, y el único aprendiz, cubierto con un gorro de papel, limpiaba las balas. El antiguo *oso* oía chirriar á una prensa, reconocía sus antiguos caracteres, veía á su hijo y al regente de imprenta leyendo sendos libros que el *oso* tomaba por pruebas, y después de haber comido con David, se volvía á su propiedad de Marsac cavilando acerca de los temores que le inspiraba el cobro. La avaricia, al igual que el amor,

tiene el don de segunda vista sobre los futuros contingentes, los olfatea y los apresura. Lejos del taller en que la presencia de sus máquinas lo fascinaba transportándole á los días en que hacía fortuna, el viñero encontraba en su hijo inquietantes síntomas de inactividad. El nombre de *Cointet hermanos* le asustaba, lo veía dominando sobre el de *Sechard é hijo*, y, finalmente, el anciano sentía ya el sople de la desgracia. Este presentimiento era justo: la desgracia se cernía sobre la casa Sechard. Pero los avaros tienen un dios, y por un concurso de circunstancias imprevistas, este dios debía hacer pasar al bolsillo del beodo el precio de su venta usuraria. He aquí por qué iba perdiendo terreno la imprenta de Sechard, no obstante sus elementos de prosperidad. Indiferente á la reacción religiosa que producía la Restauración en el gobierno, pero indiferente también al liberalismo, David conservaba en materia política y religiosa la más perjudicial de las neutralidades, toda vez que vivía en una época en que los comerciantes tenían que profesar una opinión á fin de tener parroquia, pues era preciso optar por la clientela de los liberales ó por la de los realistas. Un amor que se apoderó del corazón de David, sus preocupaciones científicas y su buen natural, le impidieron tener ese afán de ganancias que constituye al verdadero comerciante, afán que le hubiese hecho estudiar las diferencias que existen entre la industria de provincias y de París. Los matices, que tan bien se destacan en las provincias, desaparecen con el gran movimiento de la capital. Los hermanos Cointet se pusieron al unísono con las opiniones monárquicas, ayunaron ostensiblemente, frecuentaron la catedral, cultivaron la amistad de los curas y reimprimieron los primeros libros religiosos, cuya necesidad se dejaba sentir tanto. De esta suerte, los Cointet tomaron la delantera y calumniaron á David Sechard acusándole de liberal y ateo.

—¿Cómo proteger á un hombre cuyo padre es septembrino, un borracho, un bonapartista, un viejo avaro que ha de dejar un día ú otro montones de oro?—decían ellos.—Nosotros somos pobres y estamos cargados de familia, mientras que David es soltero y llegará día en que ha de ser rico, etc.

Movidos por estas acusaciones dirigidas contra David, la prefectura y el obispado acabaron por dar el privilegio de sus impresos á los hermanos Cointet, y estos sabios antago-

nistas, alentados por la incuria de su rival, no tardaron en crear un segundo periódico de anuncios, y de este modo, la antigua imprenta quedó reducida á las impresiones de la villa, y el producto de su periódico de anuncios disminuyó en la mitad. Con las considerables ganancias realizadas con los libros piadosos y de iglesia, la casa Cointet se enriqueció, y no tardó en proponer á los Sechard la compra de su periódico, á fin de tener sin competencia los anuncios del departamento y los edictos judiciales. Tan pronto como David transmitió esta noticia á su padre, el anciano viñero, asustado ya por los progresos de la casa Cointet, se trasladó de Marsac á la plaza del Murier con la rapidez del cuervo que ha olfateado los cadáveres en un campo de batalla.

—Déjame entender con los Cointet, y no te metas en este asunto—le dijo á su hijo.

No bien hubo adivinado el anciano el interés de los Cointet, cuando empezó á asustarles con la sagacidad de sus observaciones.

—Vengo á impedir que mi hijo cometa una tontería—dijo Sechard.—¿En qué se basará nuestra clientela si cedo el periódico? Los procuradores, los notarios y todos los negociantes de Houmeau son liberales; los Cointet han querido perjudicar á los Sechard acusándoles de liberalismo; les han procurado así una tabla de salvación, y los anuncios de los liberales quedarán para los Sechard. ¿Vender el periódico?... esto equivale á vender el material y el privilegio de imprenta.

Con estas y otras razones, el beodo preparó el terreno, á fin de pedir á los Cointet sesenta mil francos de la imprenta y no arruinar á su hijo, pues él amaba á su hijo y defendía á su hijo. El viñero se sirvió de su hijo como se sirven los aldeanos de sus mujeres, y quisiera ó no quisiera su hijo, lo cierto es que, con grandes esfuerzos, logró que los Cointet le diesen veintidós mil francos por el *Diario de Charante*; pero David tuvo que comprometerse á no imprimir nunca ningún periódico, so pena de tener que pagar treinta mil francos de indemnización. Esta venta era el suicidio de la imprenta de Sechard; pero el viñero no se preocupaba de esto. Después del robo viene siempre el asesinato. El taimado contaba aplicar esta suma al pago de su propiedad, y, para obtenerla, hubiera dado encima á su hijo, tanto mejor cuanto que David tenía derecho á la mitad de tan inesperado tesoro. Como indemnización de este derecho, el generoso padre

le cedió la propiedad de la imprenta, si bien manteniendo el alquiler de la casa en la famosa suma de mil doscientos francos. Después de efectuada la venta del periódico á los Cointet, el anciano se presentó rara vez en la villa, alegando su mucha edad; pero la verdadera razón era el escaso interés que le inspiraba una imprenta que ya no le pertenecía. Sin embargo, Sechard no pudo perder por completo el cariño que tenía á sus máquinas, y cuando sus asuntos lo llevaban á Angulema, hubiera sido muy difícil decir qué era lo que más le atraía á su casa, si sus prensas ó su hijo, al cual iba á pedir los alquileres por pura fórmula. Su antiguo regente de imprenta, que había pasado á la casa de los Cointet, conocía la causa de esta generosidad paterna, y afirmaba que aquel astuto zorro se procuraba así el derecho de intervenir en los negocios de su hijo, convirtiéndose en acreedor privilegiado gracias á la acumulación de los alquileres.

La incuria de David Sechard era originada por causas que darán una idea del carácter de este joven. Algunos días después de su instalación en la imprenta de su padre, David encontró á un amigo de colegio que se hallaba á la sazón en la más profunda miseria. El amigo de David era un muchacho de unos veintiún años, llamado Luciano Chardón, hijo de un antiguo cirujano de los ejércitos republicanos, alejado entonces del servicio á causa de una herida. La naturaleza había hecho químico al señor Chardón, padre; la casualidad le había establecido de farmacéutico en Angulema, y la muerte le había sorprendido en medio de los preparativos necesarios para un lucrativo descubrimiento en cuya investigación había invertido muchos años de estudios científicos: quería curar toda especie de gota. La gota es la enfermedad de los ricos, y los ricos suelen pagar cara la salud cuando carecen de ella; de manera que el farmacéutico había escogido la resolución de este problema entre los muchos que se le habían ocurrido en sus meditaciones. Colocado entre la ciencia y el empirismo, el difunto Chardón comprendió que sólo aquella podía asegurarle la fortuna: había estudiado, pues, las causas de la enfermedad y había basado su remedio en un cierto régimen que él apropiaba á cada temperamento; pero murió durante una estancia en París, mientras solicitaba la aprobación de su remedio en la Academia de ciencias, y perdió así el fruto de sus trabajos. Presintiendo su fortuna, el farmacéutico no ahorró medios para la educa-

ción de su hijo y de su hija; de modo que el sostenimiento de su familia devoró constantemente el producto de su farmacia, y no sólo dejó á sus hijos en la miseria, sino que, para mayor desgracia suya, los había educado con la esperanza de un porvenir brillante que se extinguió con él, y el ilustre Desplein, que le asistió en sus últimos momentos, le vió morir en medio de rabiosas convulsiones. Esta ambición tuvo por móvil el violento amor que el antiguo cirujano sentía por su mujer, último vástago de la familia Rubempré, milagrosamente salvada por él del patíbulo en 1793. Sin que la joven hubiese querido consentir esta mentira, Chardón había ganado tiempo diciendo que estaba en cinta, y después de haberse creado, en cierto modo, el derecho de casarse con ella, llevó á cabo su enlace, no obstante su común pobreza. Sus hijos, como todos los hijos del amor, tuvieron por toda herencia la maravillosa belleza de su madre, presente que tan fatal suele ser á veces, cuando la miseria lo acompaña. Aquellas esperanzas, aquellos trabajos y aquellas desesperaciones de la miseria, habían alterado profundamente la belleza de la señora Chardón y habían hecho cambiar sus costumbres; pero su valor y el de sus hijos igualó á su infortunio. La pobre viuda vendió la farmacia, situada en la calle mayor del Houmeau, principal arrabal de Angulema, y el precio de la farmacia le permitió constituirse trescientos francos de renta, suma insuficiente para su propia existencia; pero ella y su hija aceptaron su posición sin avergonzarse de ella, y se dedicaron á trabajos mercenarios. La madre cuidaba á las embarazadas, y su buena educación le valía la preferencia en las casas ricas, donde comía sin costar nada á sus hijos, y ganaba al mismo tiempo una peseta diaria. Para evitar á su hijo el disgusto de que la viese en semejante condición, la pobre viuda había tomado el nombre de la señora Carlota, y las personas que reclamaban sus cuidados se dirigían al señor Postel, sucesor del señor Chardón. La hermana de Luciano trabajaba en casa de una honrada mujer, muy considerada en el Houmeau, llamada señora Prieur, planchadora y vecina suya, donde ganaba setenta y cinco céntimos diarios dirigiendo á las obreras, y gozando en el taller de una especie de supremacía que dignificaba un tanto su condición. Los escasos productos de su trabajo, unidos á los trescientos francos de la señora Chardón, formaban la suma de ochocientos francos de anuales, con los cuales tenían que

comer, vestir y pagar casa tres personas. La estricta economía de este hogar hacía apenas suficiente esta suma, que era invertida casi por completo en Luciano. La señora Chardón y su hija Eva creyeron en Luciano, como creyó la mujer de Mahoma en su marido, y su abnegación por el porvenir del joven no tuvo límites. Esta pobre familia vivía en el Houmeau, en una habitación que habían alquilado al sucesor del señor Chardón por una módica suma, habitación que estaba situada en el fondo de un patio interior, encima del laboratorio. Luciano ocupaba en ella un miserable cuarto abuhardillado, y estimulado por un padre que, apasionado por las ciencias naturales, le había hecho tomar afición á esta clase de estudios, este joven fué uno de los discípulos más aprovechados del colegio de Angulema, donde hacía sus estudios cuando David acababa los suyos. Cuando la casualidad hizo que se encontrasen los dos compañeros de colegio, Luciano, hartado de beber en la tosca copa de la miseria, estaba á punto de tomar uno de los partidos extremos á que suelen decidirse los hombres á los veinte años, y cuarenta francos mensuales que David dió generosamente á Luciano, ofreciéndose á enseñarle el oficio de cajista, no obstante serle innecesario para su taller, salvaron á Luciano de la desesperación. Renovados de este modo los lazos de aquella amistad de colegio, no tardaron en apretarse más, gracias á la semejanza de destino de los dos jóvenes y á la diferencia de sus caracteres. Ambos poseían esa elevada inteligencia que coloca á los hombres al nivel de todas las eminencias, y sin embargo, se vieron sumidos en lo más hondo de la sociedad. Esta injusticia de la suerte constituyó un poderoso lazo para ellos, sin contar con que ambos se habían dado á la poesía, si bien por muy diferentes sendas. No obstante haberse dedicado á las especulaciones más elevadas de las ciencias naturales, Luciano aspiraba con ardor á la gloria literaria, mientras que David, cuyo genio meditabundo le predisponía á la poesía, se inclinaba por afición á las ciencias exactas. Esta interposición de papeles engendró una especie de fraternidad espiritual. Luciano no tardó en comunicar á David los grandes conocimientos que su padre le había enseñado acerca de las aplicaciones de la ciencia á la industria, y David mostró á Luciano las nuevas sendas que debía seguir en literatura para formarse un nombre y una fortuna. La amistad de estos dos jóvenes se convirtió en pocos días